

EL SIGNIFICADO DEL SIGNIFICANTE SOBRE LAS LENGUAS, LA MENTE Y LA CONSCIENCIA*

THE MEANING OF THE SIGNIFIER ON LANGUAGES, MIND AND CONSCIOUSNESS

José-Luis MENDÍVIL-GIRÓ

IPH, Universidad de Zaragoza

jlmeni@unizar.es

Resumen: La hipótesis de Jackendoff de la inconsciencia del significado implica que la vinculación del significado y el significante no solo está al servicio del uso del lenguaje para la comunicación, sino que también juega un papel central en la explicación de cómo el lenguaje posibilita la consciencia y el pensamiento racional. La presente aportación discute esa hipótesis en el seno de la gramática generativa y considera qué implicaciones tiene para la controversia sobre las relaciones entre lenguaje y pensamiento y para la hipótesis de la relatividad lingüística.

Palabras clave: lenguaje y pensamiento, significado, significante, consciencia, relatividad lingüística.

Abstract: Jackendoff's hypothesis on the unconsciousness of meaning implies that the relation between meaning and signifier does not only serve language use for communication, but it plays a central role in the explanation of how language supports consciousness and rational thought. This contribution discusses this hypothesis within generative grammar and considers its implications for the controversy on the relation between language and thought, and for the hypothesis of linguistic relativity.

Keywords: language and thought, meaning, signifier, consciousness, linguistic relativity.

* Me es muy grato aportar esta tropelía lingüística de área hermana al volumen de homenaje a mi admirado y querido Túa Blesa. La investigación subyacente se ha beneficiado del apoyo del Gobierno de España al proyecto *Conceptos, estructuras y sonidos: una aproximación pluralista a los ingredientes esenciales del lenguaje* (Conesso, FFI2017-82460-P).

1 Introducción

Ferdinand de Saussure recogió con genialidad la visión aristotélica de que el lenguaje es “sonido con significado” y articuló una teoría estructuralista del lenguaje que puede considerarse el nacimiento de la lingüística como ciencia. En dicho modelo, las lenguas emergen como sistemas formales que median entre la substancia fónica y la substancia del contenido estructurando ambas arbitrariamente (Saussure 1916).

En los años 50 del siglo XX, Noam Chomsky inició la revolución cognitiva en el estudio del lenguaje que, en cierto modo, revierte la definición tradicional del lenguaje como “sonido con significado” en una visión especular: el lenguaje es “significado con sonido”. Esto es así porque en el modelo chomskiano el lenguaje es un sistema de conocimiento (un sistema computacional asociado a un sistema conceptual-intencional) al servicio del pensamiento que, ancilarmente, se exterioriza para la comunicación (Chomsky 2007). Desde tal punto de vista, el lenguaje es esencialmente uniforme en la especie (un atributo natural de la misma) y la diversidad de las lenguas es una consecuencia de los cambios históricos en las diversas maneras de externalización del “lenguaje interno del pensamiento” humano. Por decirlo en términos saussureanos, el significado es universal y primario y el significante es variable y secundario. Esta visión contrasta con la concepción tradicional (y común en la lingüística funcionalista actual) según la cual las lenguas son esencialmente instrumentos de comunicación.

Sin embargo, dentro del propio contexto de la gramática generativa, ese carácter ancilar o secundario del significante resulta cuestionado, puesto que la hipótesis de la inconsciencia del significado de Jackendoff (1987, 2012), según la cual solo el significante (y no el significado) es accesible a la consciencia, implica que la externalización del lenguaje sería una de las propiedades esenciales del mismo.

Se mostrará en las páginas siguientes que, incluso en el caso de que la hipótesis de Jackendoff sea correcta (lo que parece plausible), el modelo chomskiano sigue siendo coherente y hace las predicciones adecuadas respecto del papel del lenguaje como elemento esencial de la cognición humana por encima (o a pesar) de la diversidad de las lenguas.

2. La hipótesis de la inconsciencia del significado

Como su nombre indica, la hipótesis de Jackendoff de la inconsciencia del significado (HIS en lo sucesivo) estipula que el significado (y el pensamiento, que vienen a tener la misma naturaleza) es inconsciente, esto es, ajeno a la mente consciente. Por sorprendente que esta afirmación pueda parecer, lo más intrigante y original de la HIS es el papel que otorga a lo que Saussure llamaba el plano del significante, esto es, la forma fonológica de las palabras y oraciones. En las propias palabras de

Jackendoff, el significado de un signo (un par significado-significante) es inconsciente, excepto por el hecho de que se produce la sensación de que el fragmento de significante implicado es significativo¹.

Por supuesto, el hecho de que los significados estén ocultos a la mente consciente no significa que no tengan relevantes efectos: gracias a ellos podemos identificar y categorizar objetos del mundo, podemos seguir instrucciones, realizar inferencias y emitir enunciados que otras personas parecen entender. Todas esas capacidades, indica Jackendoff, dependen de “captar” significados. Lo sorprendente sería que “captamos” significados incluso aunque no tengamos acceso consciente a ellos.

La HIS tiene tres partes esenciales: (i) la “pronunciación” percibida es consciente, (ii) la “pronunciación” va acompañada de una sensación consciente de significatividad y (iii) va asociada a un significado inconsciente (el concepto o pensamiento que expresa).

Los conceptos y pensamientos son internos a la mente, e inconscientes. Cuando algunos de esos conceptos y pensamientos se pueden asociar a una forma fonológica, entonces esos conceptos o pensamientos *son* el significado de esa forma fonológica. Por tanto, puede haber perfectamente conceptos o pensamientos que no sean el significado de ninguna forma fonológica (aunque no podemos ser conscientes de ellos), y, del mismo modo, puede haber formas fonológicas que no tengan ningún significado (porque no se conectan a ningún concepto o pensamiento).

Lo que Jackendoff llama *pensamiento* (*thought*) corresponde a la suma del sistema conceptual y del sistema computacional (o sintaxis) del conocido modelo chomskiano de la facultad del lenguaje (Hauser et al. 2001). Desde ese punto de vista, el pensamiento es lo mismo que el “lenguaje interno” del modelo chomskiano formado por el sistema conceptual-intencional más el sistema computacional, pero desconectado del sistema sensorio-motor.

Lo que habitualmente llamamos *lenguaje* (y que agrupamos en lenguas históricas como el español o el chino) implica necesariamente una conexión de ese “lenguaje interno” con los sistemas de externalización (los sonidos, por simplificar, aunque los significantes también pueden ser gestos visuales en las lenguas de signos).

La historia convencional (y bastante razonable) es que la “externalización” de ese lenguaje interno está al servicio de la comunicación. Pero Jackendoff va más allá y sugiere que la vinculación de significados a significantes no solo mejora nuestra capacidad de comunicarnos (si nos comparamos con especies dotadas de sistemas conceptuales más simples o no conectados con un sistema computacional), sino que también proporciona el medio para que la mente consciente pueda operar con las derivaciones internas que, en caso contrario, solo podrían ser inconscientes. En otras palabras, que la fonología (el plano del significante) está en la base de la consciencia y, por tanto, del llamado pensamiento racional².

En este contexto, lo más sorprendente (y atractivo) de la hipótesis de Jackendoff es el papel que le otorga su modelo de la consciencia a la forma fonológica. Así, aunque el significado es la base de

¹ “The meaning side of a sound-meaning pair is unconscious, except for producing the feeling that the attached piece of sound is meaningful” (Jackendoff 2012: 49).

² Algunos filósofos, como Carruthers (1996) o Bermúdez (2003), también presentan propuestas independientes según las cuales el lenguaje proporciona acceso consciente a los pensamientos.

nuestro conocimiento, dicho conocimiento es inconsciente. Esto es, somos conscientes de la forma fonológica de las palabras y oraciones, pero *no* de su significado.

Según Jackendoff, la antigua intuición de que pensar conscientemente es lo mismo que hablarse a uno mismo sería correcta, ya que la única manera que los significados tienen de acceder a la consciencia es a través de una manilla o asidero (*handle*), típicamente la pronunciación (esto es, la forma fonológica). Por supuesto, también podemos ser conscientes a través de imágenes visuales o de otras percepciones, pero la lógica subyacente es la misma: la estructura conceptual que subyace a todo el pensamiento (y que es la base de nuestra cognición) es totalmente inconsciente e inaccesible, está oculta en el cerebro salvo por los fogonazos episódicos y transitorios que tenemos de ella cuando usamos esos asideros (formas fonológicas, imágenes visuales, sensaciones táctiles, etc.) para experimentar nuestro propio discurso interior.

Por supuesto, ello no significa que nuestros pensamientos sean exactamente las frases que oímos internamente. Recuérdese que la forma fonológica de nuestro discurso interior es solo el asidero a las estructuras cognitivas confinadas en nuestra mente inconsciente. Según Jackendoff (2012: 84), cuando percibimos una forma fonológica significativa (porque alguien la pronuncia o porque resuena sola en nuestro cerebro) aún no podemos percibir directamente el significado; de lo que seríamos conscientes es de que tal forma fonológica es significativa, pero no del significado en sí.

Así, lo que la HIS determina es que cuando alguien nos dice algo y entendemos qué significa, en realidad no somos conscientes del significado, sino solo de que esos sonidos *tienen* significado.

3. Lenguaje, consciencia y pensamiento racional

Como hemos visto, según Jackendoff, lo que llamamos un “pensamiento consciente” tiene en realidad tres componentes: la imagen verbal, la sensación de que es significativa y el propio significado. Pero *solo los dos primeros* son conscientes (o acceden a la consciencia). El tercero, el significado asociado a la pronunciación, permanece inconsciente, aunque es el que hace todo el trabajo pesado en el pensamiento interno, como por ejemplo establecer inferencias, cotejar supuestos y trazar relaciones de referencia, esto es, proporcionar una interpretación de lo que nos dicen y del mundo.

Según este modelo, no todo el pensamiento humano es verbal ni, por supuesto, consciente. Casi todo el uso que hacemos en la vida del lenguaje interno pertenece al pensamiento inconsciente, y este no necesita asideros ni, por tanto, formas fonológicas, aunque sí necesita estructura (sintaxis). Solo el pensamiento del que somos conscientes, esto es, el que somos capaces de *experimentar*, requiere de asideros fonológicos (o de otras modalidades perceptivas). Es cierto que tendemos a pensar que la pronunciación interna que hacemos es el propio pensamiento, pero eso es una simplificación motivada precisamente por la sensación de significatividad, de la que sí somos conscientes (frente a una cadena de sonidos aleatoria como *esplofre*, por ejemplo, que no produce tal sensación).

Otra relación compleja que la HIS contribuye a aclarar es la que hay entre pensamiento y consciencia. Así, un ser sin lenguaje externalizable (lenguaje interno más fonología, significado más

significante) podría pensar, y bastante bien. Lo que no podría es ser consciente de sus pensamientos, esto es, de que los tiene. De hecho, como se decía, los seres humanos hacemos uso habitual y muy eficiente del pensamiento de manera inconsciente. La diferencia está en que nosotros, frente a los demás primates, gracias precisamente al lenguaje, no solo podemos tener pensamientos más complejos (plausiblemente gracias al sistema computacional que llamamos sintaxis), sino que además podemos ser conscientes de que los tenemos (gracias a la conexión entre el lenguaje interno y la fonología, esto es, el sistema sensoriomotor).

Como ponen de manifiesto las lenguas de signos, lo mismo funciona para la visión. Cuando estamos pensando conscientemente “oímos/vemos” las palabras dentro de la mente (de hecho, es de esa percepción de lo que somos conscientes, no del significado) y sabemos que no nos está hablando nadie porque no hay una conexión entre los estímulos procesados por el oído o la retina y la “voz” en nuestra cabeza³.

Hemos visto que, según la HIS de Jackendoff, la forma fonológica es el asidero que posibilita la consciencia (tanto con significantes orales como visuales). Nótese entonces que en realidad el lenguaje no sería un requisito para la consciencia, puesto que también las imágenes visuales y los estímulos táctiles y olfativos no lingüísticos pueden funcionar como asideros de conceptos internos inconscientes. De hecho, no tenemos razones para pensar que seamos los únicos organismos con algún tipo de consciencia de sí mismos. Cosa distinta es de qué se puede ser consciente.

El sistema computacional humano (que también es inconsciente) sí que parece marcar una diferencia con respecto al de otras especies en lo que referente a la complejidad del pensamiento (tanto inconsciente como consciente). Como han puesto de manifiesto desde finales de los años cincuenta del siglo XX Chomsky y sus seguidores, el sistema computacional, con su capacidad de producir recursivamente derivaciones ilimitadas y capaces de combinar entre sí todo tipo de elementos conceptuales, produce una estructura conceptual (ahora usando la terminología típica de Jackendoff) que nos singulariza cognitivamente del resto de organismos. Todo lo que sabemos lo sabemos porque lo ha construido el cerebro, y la herramienta clave que usa el nuestro es precisamente la sintaxis. Por decirlo simplísimamente: aunque no tuviéramos consciencia, también seríamos más listos, solo que no lo sabríamos.

Por tanto, esa compleja estructura conceptual producida por la sintaxis no implica ni presupone necesariamente la consciencia. De hecho, si Jackendoff está en lo cierto y el pensamiento (el significado) es realmente inconsciente, la consciencia no es una consecuencia del lenguaje interno ni de la sofisticación de nuestra estructura conceptual, sino que es consecuencia de la conexión que el lenguaje interno tiene con cadenas arbitrarias de fonemas que sí pueden acceder a la consciencia. Quizá no podríamos representar con imágenes visuales conceptos como la desesperación, los celos, la

³ Cuando vemos algo, como la pantalla del ordenador, somos conscientes de la imagen visual y sabemos que está ahí delante porque existe una conexión entre la imagen visual dentro de nuestro cerebro y los estímulos recibidos en la retina. Cuando no existe esa conexión, o bien estamos imaginando una pantalla, o bien tenemos una alucinación (lo que se explicaría precisamente como un mal funcionamiento de la detección de la conexión entre la imagen visual en el cerebro y los estímulos visuales procedentes de la retina).

entropía o el pasado, pero sí podemos crearlos con el lenguaje interno y hacerlos presentes en nuestra experiencia consciente a través de sonidos o gestos arbitrariamente asociados a ellos.

Los seres humanos no solo somos conscientes de nosotros mismos, sino que, gracias al lenguaje, también somos conscientes de nuestros pensamientos, esto es, *de que los tenemos*, aunque en sí mismos sean inconscientes. Y ahí, según Jackendoff, está la base del atributo más notorio y famoso de nuestra especie: el pensamiento racional, esto es, el pensamiento consciente.

Como señala Jackendoff, la investigación en psicología cognitiva reciente distingue entre dos modos de razonamiento, el sistema 1 y el sistema 2. El sistema 1 es rápido, automático e inconsciente (sería lo que comúnmente llamamos pensamiento intuitivo o inconsciente), mientras que el sistema 2 es lento, costoso, lineal y consciente (que es lo que normalmente identificamos con el pensamiento racional). Buena parte de la tradición filosófica ha insistido en que el segundo es específicamente humano (propio del *Homo sapiens*) y se ha relacionado precisamente con el lenguaje.

El modelo de Jackendoff no niega esto, sino que ayuda a explicarlo más coherentemente. Lo que propone es que en realidad el sistema 2 no es distinto del sistema 1, sino que, como él dice, “it rides on top of System 1” (2012: 214). El sistema 2 sería pensamiento que está vinculado a un correlato cognitivo de la consciencia, esto es, a la forma fonológica. Dado que la forma fonológica es lineal, dice Jackendoff, el pensamiento consciente es lineal; dado que la pronunciación es lenta (en comparación con la rapidez del pensamiento), el pensamiento consciente es lento. Y como el pensamiento es inconsciente, solo podemos tener un acceso consciente a él si tiene un asidero consciente, la forma fonológica.

Como únicamente los humanos tienen lenguaje (lenguaje interno más significativo), concluye Jackendoff, únicamente los humanos tienen pensamiento racional, por lo que, entonces, el sistema 2 equivale básicamente al sistema 1 más el lenguaje. Pero en este punto hay que ser muy cuidadosos con la terminología. Habría más bien que decir que el sistema 2 equivale al sistema 1 más *la externalización del lenguaje*, esto es, el significativo. Sugiere Jackendoff, acertadamente, que si un chimpancé tuviera lenguaje no sería como un ser humano, puesto que el sistema 1 humano también es muy diferente del sistema 1 del chimpancé. Nótese que Jackendoff está ahora usando ‘lenguaje’ como equivalente a una dimensión fonológica, pero el lenguaje es mucho más que eso, puesto que es también el lenguaje (a través de la sintaxis inconsciente) el que precisamente hace diferente nuestro sistema 1 del resto de los organismos capaces de pensamiento, como el chimpancé.

En todo caso, lo que le añade el significativo al sistema 1 humano para convertirlo en un sistema 2 (también humano) no es complejidad computacional, sino acceso a la consciencia. La posibilidad que brinda el lenguaje de referirnos a los pensamientos y manipularlos a través de sus correlatos conscientes (las formas fonológicas) es lo que nos hace capaces de obtener conclusiones, esto es, conocimiento que no podríamos obtener solo con el pensamiento inconsciente.

4. La mente, la consciencia y la diversidad de las lenguas

Según el modelo que hemos adoptado, siguiendo tendencias recientes en gramática generativa, la diversidad lingüística no es tan profunda como asumía el modelo estructuralista y como asumen los actuales modelos cognitivistas y funcionalistas⁴. Por el contrario, el modelo generativo estipula que la diversidad de las lenguas se circunscribe esencialmente a las diferentes formas de externalización de componentes internos que son uniformes, puesto que son resultado de la evolución natural y están, por tanto, biológicamente condicionados. Lo que este tipo de modelo uniformitario de las lenguas predice es que el ámbito de la diversidad lingüística se limitará a aspectos superficiales, esto es, aquellos aspectos susceptibles de variación en las lenguas, esencialmente la morfología y la fonología.

Si la diversidad de las lenguas se limita a la morfología y a la fonología (que también tienen restricciones a la variación propias de los sistemas sensorio-motores en los que se integran), la predicción es que el grado de afección de la diversidad de las lenguas a la diversidad de la cognición humana será limitado, esto es, que la hipótesis relativista según la cual las lenguas determinan o condicionan la cognición sería esencialmente incorrecta⁵.

Sin embargo, dada la relevancia adicional que la HIS de Jackendoff otorga al plano del significante, y dado que el plano del significante es el foco esencial de la diversidad de las lenguas, cabría entonces plantearse de nuevo preguntas relativistas. Así, si el acceso del significado a la consciencia depende del significante, ¿se implicará que diferentes lenguas (diferentes significantes) afectan de forma diferente a la cognición o a la percepción de la realidad? ¿O se podría decir que hablar lenguas diferentes implica tener consciencias o mentes diferentes?

4. 1. ¿Dos lenguas, dos mentes?

De hecho, algunos relativistas modernos sugieren respuestas afirmativas a esas preguntas. Así, Athanopoulos et al. (2015), aunque no consideran la hipótesis de Jackendoff, se hacen eco de la célebre afirmación de Carlomagno de que hablar otra lengua es como tener otra alma y la actualizan dando a entender que hablar dos lenguas es como tener dos mentes. Tal afirmación implica una concepción relativista de las relaciones entre lenguaje y cognición.

Cabe recordar que Erwin Schrödinger, uno de los físicos teóricos más relevantes del siglo XX, consideraba que era obvio que únicamente existe una consciencia humana, y que la sensación que todas las personas percibimos de tener una mente propia e individual es simplemente eso, una sensación (Schrödinger 1947). Sin llegar a ese extremo, parece razonable asumir que cada persona tiene su propia mente y su propia consciencia del yo, pero no lo parece tanto asumir que las mentes puedan proliferar o variar en las personas en función de las lenguas que hablan.

⁴ Véase Evans y Levinson (2009) para una defensa de la profundidad de la diversidad de las lenguas y Mendívil-Giró (2012) para una evaluación crítica de esa propuesta.

⁵ Véase Blanco Salgueiro (2017) para una reciente introducción a la hipótesis relativista y Reynoso (2014) para una detallada crítica y refutación de la misma.

Es cierto que la lógica de los experimentos en que se basa la conclusión de Athanasopoulos et al. (2015), según la cual hablar varias lenguas es como tener varias mentes, es relativamente sencilla. Parten los autores del hecho de que los hablantes monolingües del alemán y del inglés difieren en un contexto experimental en ciertas tareas de categorización de eventos de movimiento. Así, los hablantes de alemán tienden a ser más proclives a identificar el vídeo 1 (en el que alguien camina hacia un coche, pero en el que no se muestra si llega hasta él) con el vídeo 2 (en el que alguien entra en una casa), que con el vídeo 3 (en el que alguien se dirige a un lejanísimo edificio sin alcanzarlo). Ello implicaría que, ante la duda no resuelta del vídeo 1, tienden a fijarse más en el fin del evento (vídeo 2: entrar en la casa) que en el desarrollo del mismo (vídeo 3: caminar hacia el edificio lejano) y, por ello, categorizan con más frecuencia el vídeo incompleto del coche (vídeo 1) como un evento como el descrito en el vídeo 2. La situación inversa se produce en los hablantes monolingües de inglés, que tienden a identificar el vídeo 1 con el vídeo 3 (centrándose, pues, en el desarrollo inacabado del evento). Según los autores, ello sería así porque en inglés se codifica gramaticalmente el aspecto progresivo (por ejemplo, la forma en *-ing* del verbo) y en alemán no. Según sus datos, solo un 37% de hablantes de inglés identificó el evento del vídeo 1 con el del vídeo 2, frente a un 62% de los alemanes. Sin duda, es un fenómeno interesante, pero no parece que tenga mucho sentido asumir que una mente “inglesa” pueda ser distinta de una mente “alemana”, so pena de devaluar qué entendemos por *mente*.

La parte más interesante de esta aproximación viene con los sujetos bilingües. Si asumimos que una “mente alemana” es distinta de una “mente inglesa”, ¿cómo será la mente de un hablante bilingüe alemán-inglés? ¿O es que tendrá *dos mentes*?

Según un primer experimento descrito en el artículo, los individuos bilingües tienden a comportarse como los monolingües, aunque con diferencias menos acusadas. Así, cuando se hace el experimento en un “contexto alemán” (porque se les proporcionan las instrucciones en alemán y tienen que responder en alemán), tienden a preferir más frecuentemente el vídeo 2 que el vídeo 3 como semejante al del coche (vídeo 1), mientras que cuando actúan en un “contexto inglés”, los mismos sujetos tienden a preferir el vídeo 3 (que marca el evento en progreso, no completado). Aunque los autores no lo señalan, es de suponer que ese comportamiento más moderado de los bilingües es precisamente efecto de la interferencia entre las lenguas, de manera que cuando hablan alemán son menos “alemanes” que los monolingües de alemán y cuando hablan inglés son menos “ingleses” que los monolingües de inglés.

El segundo experimento es más interesante, pero mucho menos concluyente estadísticamente hablando, y mucho más farragoso en el diseño. En él se pretende entorpecer la “verbally mediated categorization” de los hablantes bilingües haciéndoles repetir en voz alta una secuencia de números mientras realizan la misma tarea del experimento anterior (ver los tres vídeos y decidir a cuál se parece más el vídeo 1 del coche). Según los autores, esa tarea de interferencia inhibe en los sujetos la lengua en la que se supone que están pensando y –lo que se supone es el mayor descubrimiento– hace que entonces elijan las opciones esperables según la otra lengua. Así, cuando están haciendo el experimento en “contexto alemán” (porque les dan las instrucciones en alemán y tienen que responder

en esa lengua a qué vídeo se parece más el del coche) y, a la vez, se les “interfiere” el alemán haciéndoles repetir números (en alemán) mientras ven los vídeos, resulta que tienden a elegir menos el vídeo 2 de la casa (el favorito de los “alemanes”) y más el 3 del edificio (el favorito de los “ingleses”). A mitad de experimento se hace un cambio, de manera que tienen que decir los números en inglés (para perturbar el acceso a esa lengua, supuestamente), y entonces resulta que tienden a elegir más como los “alemanes”. La explicación que ofrecen los autores es que cuando la tarea de distracción verbal interrumpe el acceso a la lengua del contexto del experimento, entonces la otra lengua, por así decirlo, toma el mando.

Sin embargo, es cuestionable que realmente se pueda interferir el acceso al lenguaje (o, como dicen los autores, a la “verbally mediated categorization”) con una tarea numérica de distracción (salvo que confundamos lenguaje y lengua). También resulta contradictorio asumir que se pueda “distraer” la lengua operativa o activa y asumir que a la vez la otra lengua, supuestamente inactiva, venga a suplir a la “interrumpida”, puesto que entonces no queda claro que se haya interferido realmente la “categorización verbalmente mediatizada”. Nótese que, en tal caso, la misma tarea de distracción aplicada a los individuos monolingües implicaría que no se usaría *ninguna lengua* para hacer el test (ya que no tienen otra que la supla), lo que precisamente demuestra que la influencia de la lengua en la categorización es modesta (salvo que asumamos que entonces no hay categorización de ningún tipo, cosa absurda, ya que en ese caso los sujetos monolingües seguirían identificar los vídeos, aunque usando otra cosa que no sea el lenguaje, según la lógica de los autores).

Lo que en realidad pretende haber demostrado el artículo es, pues, que los hablantes bilingües inglés-alemán tienen una categorización flexible del mundo en función de qué lengua es dominante en una determinada tarea de identificación de eventos de movimiento. Sus conclusiones son las siguientes: “These findings show that language effects on cognition are context-bound and transient, revealing unprecedented levels of malleability in human cognition” (Athanasopoulos et al. 2015).

Pero si los efectos en la cognición de las lenguas que se hablan son dependientes del contexto y transitorios, entonces lo que realmente se pone de manifiesto en este estudio (y en otros análogos) es que los efectos en la cognición de las lenguas concretas que uno habla son realmente débiles o superficiales, lo que, por supuesto, no permitiría hablar de una “maleabilidad sin precedentes” en la cognición humana. De admitir esa afirmación, deberíamos entonces reconocer que el término *cognición* se emplea en un sentido diferente cuando se usa en el texto citado o cuando lo usamos para referirnos, por ejemplo, a la cognición humana frente a, por ejemplo, la cognición felina o aviar.

En cualquier caso, a la sugerencia de que los bilingües tienen dos mentes cabe oponer lo que la investigación de los últimos años en bilingüismo ha puesto de manifiesto y que resumen con detalle y rigor Kroll et al. (2015):

Contrary to the view that bilingualism complicates the language system, this new research demonstrates that all of the languages that are known and used become part of the same language system (Kroll et al. 2015: 378)

Los bilingües, en contra de lo que se creía en el pasado, no funcionan como dos monolingües, sino que sus lenguas, incluso cuando hay cierta asimetría en su dominio, se interfieren mutuamente y, de hecho, tienden a confluir en un solo sistema de conocimiento. Incluso se ha observado (véase el ensayo de Kroll et al. 2015 para referencias) que el tejido cerebral empleado en el almacenamiento y procesamiento de las dos lenguas es esencialmente el mismo. El cerebro bilingüe es diferente del monolingüe, pero no porque se desdoble en dos sistemas de conocimiento, sino porque desarrolla un sistema de conocimiento más complejo cuyo manejo adecuado, según ciertos estudios, acrecienta ciertas capacidades.

El descubrimiento más notorio de los últimos decenios en investigación del bilingüismo es precisamente que las dos (o más) lenguas siempre están activas y se interfieren mutuamente. Da lo mismo si la L1 es muy dominante sobre la L2, si son muy diferentes en su morfosintaxis o en su fonología, si lo son ortográficamente, si una es signada y la otra oral, o incluso si una de ellas apenas se usa. El conocimiento de una segunda lengua afecta continuamente e incesantemente al uso de la primera y, por supuesto, el de la primera, con mucha más robustez, al uso de la segunda. Los posibles beneficios cognitivos del bilingüismo derivarían precisamente de la necesidad extra del bilingüe de inhibir a una de las lenguas para usar la otra, lo que revierte en una aparente mejora en la capacidad de resolución de conflictos cognitivos (tanto en el uso del lenguaje como en otros ámbitos) e incluso aumenta la protección contra ciertos tipos de degeneración cognitiva, incluido un retraso de los síntomas de la enfermedad de Alzheimer.

El hecho de que las dos (o más) lenguas siempre estén activas y se interfieran se explica precisamente porque forman parte de un único sistema de conocimiento (el lenguaje), lo que obviamente no apoya la visión de “dos lenguas, dos mentes”, sino que, al contrario, pone de manifiesto que si hay una parte del lenguaje (y sería muy extraño que no la hubiera) que vertebraba nuestra mente, esa parte coincide esencialmente con lo que las lenguas tienen en común, y no con los aspectos superficiales en los que difieren.

4. 2. Una lengua, dos mentes

Para resaltar lo frívolo (en el uso de la palabra) que puede llegar a ser afirmar que un individuo bilingüe tiene dos mentes, merece la pena considerar un ejemplo de lo contrario: una persona con una sola lengua y dos mentes distintas.

En efecto, a diferencia de lo que sucede con los sujetos bilingües, sí existen personas sobre las que se ha discutido seriamente si tienen dos mentes (esto es, si son más de una persona), y no se trata de los cinematográficos casos de trastornos de identidad disociativa, sino de los casos de personas con sección del cuerpo calloso que une los dos hemisferios del cerebro. Quizá el caso más célebre es P.S., un joven con cerebro escindido estudiado por Gazzaniga y colaboradores (LeDoux, Wilson y Gazzaniga 1977).

Aunque es un tema muy controvertido, se ha llegado a sugerir que cada uno de los hemisferios de P.S. era autoconsciente y tenía su propia mente. Como relatan LeDoux, Wilson y Gazzaniga, después de la operación de P.S. solo el hemisferio izquierdo podría hablar, pero ambos comprendían el habla y en seguida el hemisferio derecho empezó a poder comunicarse combinando letras del *Scrabble* para formar palabras (usando la mano izquierda). Parece que, a diferencia de los pacientes examinados hasta ese momento, P.S. tenía una parte sustancial del lenguaje en el hemisferio derecho (a pesar de que no era zurdo). Lo apasionante del caso es que el hemisferio derecho mostró tener sentimientos, saber qué día era el siguiente, qué profesión le gustaría ejercer (distinta de lo que declaraba el hemisferio izquierdo) y, en general, todos los atributos de una mente humana. Como señalan en su artículo clásico LeDoux, Wilson y Gazzaniga:

Each hemisphere in P.S. has a sense of the self, and each possesses its own system for subjectively evaluating current events, planning for future events, setting response priorities, and generating personal responses (LeDoux, Wilson y Gazzaniga 1977: 419).

Pero lo más relevante ahora es que el hecho de que solo en el caso de P.S. se haya detectado esa independencia cognitiva del hemisferio derecho, mientras que los hemisferios derechos de otros pacientes con la misma condición no revelan esa capacidad de autoconsciencia (con la posible excepción de otra paciente llamada Vicki), está relacionado con la presencia del lenguaje en el hemisferio derecho. Esto sugiere a los autores que “the presence of a rich linguistic system is a reliable correlate, and perhaps a necessary prerequisite, to some of the richer aspects of mental life” (LeDoux, Wilson y Gazzaniga 1977: 421).

Resulta pues que, a la postre, sí que parece tener sentido la antigua intuición de que el lenguaje está detrás de la consciencia y de la naturaleza de la mente humana, y hemos visto cómo la HIS de Jackendoff perfila adecuadamente la importancia del significante en tal influencia. Pero, contrariamente a lo sugerido por Athanasopoulos y colaboradores, lo que forma la trama de nuestra mente humana no son los aspectos superficiales del lenguaje (esto es, los aspectos sujetos a cambio histórico y por tanto a variación), sino aquellos que son comunes a todas las lenguas incluyendo, claro está, las diversas lenguas representadas en la (única) mente de un individuo bilingüe. Es fácil imaginar que a Schrödinger le habría seducido la idea.

5. Conclusión

Saussure no alcanzó a anticipar el carácter generativo y computacional del lenguaje, pero sí fue muy consciente de la importancia de la vinculación arbitraria entre significado y significante para comprender adecuadamente la estructura de los sistemas lingüísticos. En el modelo saussureano ningún significante es reconocible si no va asociado a un significado, y ningún significado existe si no va vinculado a un significante.

Ahora sospechamos que tales significados sí existen y están ricamente estructurados, pero son inaccesibles a la consciencia. La hipótesis de Jackendoff de la inconsciencia del significado pone de

manifiesto la importancia del significante para el acceso a la consciencia del lenguaje interno de la mente y representa, en mi opinión, una importante revitalización de las ideas saussureanas en el seno de la lingüística generativa moderna.

Pero el reconocimiento de que el significante es crucial, no solo para la comunicación interpersonal, sino también para la propia consciencia humana y el acceso a la misma de las computaciones internas que hace el lenguaje, no permite concluir que las diferentes lenguas humanas se correlacionen con sistemas cognitivos esencialmente distintos. Tal y como señalaba Pinker para finalizar su exitoso ensayo sobre el instinto del lenguaje, y en cierto modo evocando a Schrödinger,

Al contemplar las bromas de los habitantes de las tierras altas de Nueva Guinea cuando veían el documental sobre su primer encuentro con occidentales, los movimientos de un intérprete del lenguaje de signos o el parloteo de los niños en el patio de un colegio de Tokio, vislumbro que bajo los dispares ritmos superficiales hay una estructura común y percibo que todos tenemos las mismas mentes (Pinker, 1994: 473).

Referencias

- ATHANASOPOULOS, Panos, Emanuel BYLUND, Guillermo MONTERO-MELIS, Ljubica DAMJANOVIC, Alina SCHATNER, Alexandra KIBBE, Nick RICHES y Guillaume THIERRY (2015). "Two Languages, Two Minds: Flexible Cognitive Processing Driven by Language of Operation". *Psychological Science* (March 6, 2015). (doi:10.1177/0956797614567509)
- BERMÚDEZ, José Luis (2003). *Thinking without Words*. Oxford: Oxford University Press.
- BLANCO SALGUEIRO, Antonio (2017). *La relatividad lingüística*. Madrid: Akal
- CARRUTHERS, Peter (1996). *Language, Thought and Consciousness*. Cambridge: Cambridge University Press.
- CHOMSKY, Noam (2007). "Approaching UG from below". Uri Sauerland y Hans-Martin Gärtner (eds.): *Interfaces + recursion = language? Chomsky's minimalism and the view from semantics*, Berlin: Mouton de Gruyter, pp.: 1-30.
- EVANS, Nicholas y Stephen C. LEVINSON (2009). "The Myth of Language Universals: Language diversity and its importance for cognitive science". *Behavioral and Brain Sciences*, 32: 429-448.
- HAUSER, M. D., N. CHOMSKY y W. T. FITCH (2002). "The Faculty of Language: What Is It, Who Has It, and How It Evolved?". *Science*, 298: 1569-1579.
- JACKENDOFF, Ray (1987). *Consciousness and the Computational Mind*. Cambridge (MA): MIT Press.
- JACKENDOFF, Ray (2012). *A User's Guide to Thought and Meaning*. Oxford: Oxford University Press.
- KROLL, Judith F., Paola E. DUSSIAS, Kinsey BICE y Lauren PERROTTI (2015). "Bilingualism, Mind, and Brain". *Annual Review of Linguistics* 1: 377-394. (doi:10.1146/annurev-linguist-030514-124937)
- LEDoux, Joshep E., Donald H. WILSON y Michael S. GAZZANIGA (1977). "A Divided Mind: Observations on the Conscious Properties of the Separated Hemispheres". *Annals of Neurology* 2: 417-421.

- MENDÍVIL-GIRÓ, José-Luis (2012). "The Myth of Language Diversity", en C. BOECKX, M. C. HORNO y J. L. MENDÍVIL (eds.): *Language, from a Biological point of view*. Newcastle: Cambridge Scholars Publishing, pp. 85-133.
- PINKER, Steven (1994): *The Language Instinct. How the Mind Creates Language*. Cambridge (MA): The MIT Press. (Citado por la versión española: *El instinto del lenguaje*. Madrid: Alianza, 1995).
- PRINZ, Jesse (2007). "The Intermediate Level Theory of Consciousness", en Susan Schneider y Max Velmans (eds.) *The Blackwell Companion to Consciousness*, Londres: Blackwell, pp. 257-271.
- PRINZ, Jesse (2012). *The Conscious Brain*, Oxford: Oxford University Press.
- REYNOSO, Carlos (2014). *Lenguaje y pensamiento. Tácticas y estrategias del relativismo lingüístico*, Buenos Aires: SB
- SAUSSURE, Ferdinand de (1916). *Cours de linguistique générale*. París: Payot.
- SCHRÖDINGER, Erwin (1944). *What is life? The Physical Aspect of the Living Cell*. Cambridge: Cambridge University Press.